

Acoger al Otro – una Visión Multirreligiosa de Paz

Maria Voce

Presidente del Movimiento de los Focolares

“*Acoger al otro – una visión multirreligiosa de paz*” es un argumento de máxima actualidad en el mundo de hoy.

Guerras, conflictos, enfrentamientos causados por las divisiones étnicas, políticas, económicas; terrorismo.

El aumento de los flujos migratorios, huyendo de situaciones de inseguridad, opresión y pobreza, en busca de un mundo mejor, actualmente crea uno de los fenómenos sociales más discutidos. La reciente tragedia en las costas de Lampedusa en Italia, ha sacudido a la opinión pública sobre la contribución de la Unión Europea al problema de la inmigración.

Sin embargo, estas situaciones no deberían distraer nuestra atención del reconocimiento de signos de esperanza. Existen numerosas iniciativas individuales o de instituciones que tienen como objetivo a sentar las bases comunes para una convivencia armoniosa.

Para este fin, el diálogo interreligioso y el diálogo intercultural emergen como importantes medios, sin olvidar que la paz, ante todo debe buscarse en el corazón, donde nacen los sentimientos que pueden alimentarla o sofocarla.

De hecho, invitando a los fieles a la jornada de ayuno y oración por la paz en Siria, en Oriente Medio, y en el mundo entero, Papa Francisco añadió: “*También por la paz en nuestros corazones, ¡porque la paz comienza en el corazón!*”¹

Sí, necesitamos la conversión del corazón. Y aquí radica el papel fundamental de las religiones. Estas, deben ofrecer desde lo más profundo de sí mismas la fuerza espiritual para guiar a la humanidad hacia la solidaridad y la paz; deben realizar iniciativas capaces de renovar las relaciones no sólo a nivel individual sino también entre

¹ Papa Francisco, Audiencia General del 4 de septiembre de 2013

personas de diferentes razas, nacionalidades, culturas, contribuyendo de este modo a construir una convivencia pacífica que puede estar asegurada, si los hombres y las mujeres aprenden a tratarse recíprocamente como hermanos y hermanas.

Esta visión de la fraternidad no es una idea nueva. Grandes figuras espirituales de diferentes lugares de la tierra, como Mahatma Gandhi o Martin Luther King, afirmaron que esta fraternidad está escrita en el corazón de cada ser humano.

Mahatma Gandhi decía: *“A través de la realización de la libertad de la India, espero poder lograr y llevar a cabo la misión de la fraternidad entre los hombres”*.²

Martin Luther King, en su famoso discurso “I have a dream (Yo tengo un sueño)”, gritaba su esperanza de que *“un día (...) los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de los esclavos, se puedan sentar juntos en la mesa de la hermandad”*.³

Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares, a quien hoy represento, y que ha apoyado mucho a las *Religiones por la Paz*, ha dado toda su vida para construir la unidad de la familia humana, en la riqueza de la diversidad de cada uno, e impulsó a muchísimas personas en todo el mundo a comprometerse para esta finalidad.

Chiara se inspiraba en la oración de Jesús, quien antes de morir le pidió a Dios: *“que todos sean uno”* (Jn 17,21).

Siguiendo las enseñanzas y el ejemplo de Chiara, desde el inicio del Movimiento, vemos en cada persona, en el otro distinto de mí, un compañero de viaje, un hermano, sin el cual no podemos presentarnos ante Dios.

Chiara nos invita, ante todo, a tener un "ojo sencillo", a mirar a toda la humanidad desde el uno. Escribía: *“Dirigir siempre la mirada hacia el único Padre de muchos hijos. Después, mirar a todas las criaturas como hijos del único Padre. (...) Tender constantemente (...) a la fraternidad universal en un solo Padre: Dios”*.⁴

² Cf. M.K. GANDHI, *Antichi come le montagne*, Milán 1970, p.162

³ MARTIN LUTHER KING, *Discurso de la Vigilia de Navidad 1967*, Atalanta, cit. en *Il fronte della coscienza*, Turín 1968

⁴ C. LUBICH, *Escritos espirituales /1. El atractivo del tiempo moderno*, Roma 1978, p. 130

El amor al prójimo, por lo tanto, hunde sus raíces no en una filantropía cualquiera, sino en el hecho de que todos somos hijos de un único Padre. Y, si somos hijos de un único Padre, somos hermanos entre nosotros.

En cada uno reconocemos a un hijo de Dios y - para nosotros cristianos – más específicamente al hijo de Dios: a Jesús mismo, que se nos presenta en el prójimo y nos pide que lo amemos de manera concreta, ya sea en las pequeñas cosas de la vida cotidiana, en la normalidad de cada momento presente, como en las grandes o extraordinarias, como ahora en la catástrofe que está afectando a Filipinas.

Os cuento dos experiencias:

A una pequeña ciudad al sur de Viena, donde el 25% de la población son inmigrantes, se trasladó una familia del Movimiento con sus dos hijos adolescentes. Estallaron violentos enfrentamientos entre los jóvenes por motivos raciales. Entre la gente aumenta el miedo y la desconfianza; los hijos piensan que tienen que comprarse un arma para defenderse... En cambio los padres, junto con otros que comparten el espíritu de fraternidad, realizan varias actividades para promover una convivencia fraterna, incluso con la participación de la oficina de inmigración de la ciudad. Pero, precisamente cuando empiezan a trabajar juntos cristianos y musulmanes, un ala de la catedral, símbolo de la ciudad, es incendiada por un joven musulmán. Sin desmoralizarse, organizan juntos un momento de oración multirreligiosa con una actividad benéfica para recoger fondos para la reconstrucción: el profundo recogimiento y la alabanza a Dios eran tangibles. La fraternidad tocaba los corazones y todos contribuyeron.

En Siria, mientras continúa la guerra y el odio crece, muchas familias dejan el País en busca de trabajo y de un futuro mejor. Sin embargo, no faltan signos de esperanza.

Una joven estilista cristiana se comprometió en llevar adelante un proyecto de enseñanza de costura para las mujeres desplazadas, con la finalidad de ayudarles a poder luego encontrar un trabajo para mantener a sus familias. En el 2012 se inscribieron para el curso 45 mujeres pertenecientes a todas las confesiones presentes en el País (sunníes, chiítas, cristianas, alauitas, drusas) y de todas las tendencias

políticas. Las tensiones entre ellas eran muy evidentes, se negaban incluso a encontrarse en el mismo local. También a ella le costaba estar siempre en el amor auténtico, pero en el Evangelio leyó que Dios “*hace salir el sol sobre buenos y los malos*”, y nos ama sin hacer distinciones, por lo tanto tampoco ella no tenía que hacer diferencias entre las personas. A medida que pasaban las semanas, estas mujeres empezaron a hablarse, a aceptar sus diferencias y a derrotar las diversidades que fuera en el pueblo se acentuaban. Compartían preocupaciones y dolores, empezaron a ayudarse incluso económicamente para acudir a las necesidades de una o de otra. El día de la fiesta del Ramadán, las chicas cristianas prepararon una pequeña fiesta para las musulmanas, y las musulmanas para Navidad hicieron lo mismo.

También nosotros quisiéramos ser en el mundo, donde quiera que estemos o podamos encontrarnos, ser un signo tangible del amor de Dios, tratando de llevar el amor allí donde falta, de consumir toda división, toda falta de unidad que desgarrar la comunidad humana, para construir con todos y por todas partes puentes que unan.

Chiara escribía: “*Dame a todos los que están solos. [...] Dame, Dios mío, que sea en el mundo el sacramento tangible de tu Amor, de ser tu Amor: ser tus brazos que abrazan y transforman en amor toda la soledad del mundo*”.⁵¹

Sólo con una pasión como la suya podemos esperar hacer de todos los hombres y mujeres de la tierra una sola familia.

¡Gracias!

⁵ C. LUBICH, *La doctrina espiritual* Buenos Aires 2005, p. 118